



## ...LA FUERZA DE AQUELLA "M"

*Por fr. Mariano Di Vito OFM Cap.*

La noticia de la beatificación de Juan Pablo II verdaderamente nos había llenado de gran alegría y rápidamente desde estas columnas la habíamos comparado con vosotros.

Ahora, después de la celebración del grandioso evento, me parece oportuno proponeros algunas reflexiones sobre la figura de este gran pontífice, que tan profundamente ha marcado y caracterizado los últimos decenios del pasado milenio.

La palabra que resume y casi identifica su largo pontificado y, diría sobre todo su persona, es "fuerza", o mejor "fortaleza".

Cualidad que no tiene nada que ver con las ganas de "enseñar los músculos" para infundir temor o simplemente hacerse respetar sino, al contrario, es aquel don del Espíritu que nos permite atravesar la historia con la certeza de tener en cualquier caso el Señor a nuestro lado.

Por algún motivo será que Juan Pablo II no ha sido tanto un punto de referencia y de ilimitada admiración y devoción como en los últimos años de su vistosa y nunca escondida debilitante enfermedad.

La fortaleza de la fe, la perseverante confianza en el hombre y en la victoria del bien, sin duda están entre las perlas más preciosas de la extraordinaria herencia dejada por el Papa que vino desde lejos, pero sentido muy cercano a todos.

En estos días nuestros atravesados por tragedias desmesuradas como el riesgo nuclear, los desastres naturales, un conti-

nente entero prácticamente puesto patas arriba por guerras y desconciertos políticos y sociales, tan grandes que resquebrajan a los optimistas más convencidos, es necesario acoger de nuevo y hacer nuestro el grito-programa de su pontificado: ¡no tengáis miedo!; No!. No tenemos que tener miedo. Es exactamente en los momentos difíciles que el cristiano, el creyente tiene que invadirse de la fuerza del Espíritu y, de esta manera, volverse apoyo y solidaria generosidad para los propios compañeros de viaje.

Desde el principio fue claro para todos que Juan Pablo II era un hombre que no se hacía embriagar con esquemas y estereotipos dados por desconfianza y convencionales, como gran comunicador que era, su mensaje lo sabía transmitir con claridad inmediata. Así cuando tuvo que adoptar el escudo y la máxima del servicio petrino a la Iglesia universal, no dudó en sorprender a los expertos de heráldica decidiendo insertar en el escudo una inusual y absolutamente original gran "M" y el escrito "Totus tuus= Todo tuyo".

La Virgen María, Madre del Señor, a la cual el joven sacerdote Karol Wojtyla había consagrado la vida y el ministerio, es el otro elemento que caracteriza su magisterio universal. No ha dejado pasar ninguna ocasión, en sus muchos peregrinajes a los santuarios marianos esparcidos por el mundo de los más desconocidos a los más famosos, para recordar a los cristianos que La mi-

ren, que miren a la Estrella de la nueva evangelización, para que vuelvan a llevar a Cristo y a su mensaje por las calles y plazas del mundo, en los Areópagos de los lejanos, como en las cada vez más secularizadas sociedades del occidente cristiano.

La Virgen Santa tiene que ser alabada, cantada, magnificada con todo el abandono y la conmoción del corazón, incluso más, y es ésta la gran lección del Papa, es la fe de la Madre de Dios, el ansia de la caridad, el permanecer junto al Hijo y a los hijos crucificados, la gran lección del Papa que el cristiano del Tercer milenio debe tomar como modelo concreto de su testimonio y misión.

Cada santo es diferente de los demás, porque cada uno ha respondido al Señor con la peculiaridad irreplicable de la propia persona, no es difícil por otra parte encontrar en la experiencia humana y espiritual del Padre Pío y de Juan Pablo II evidentes puntos de contacto y de afinidad espiritual.

La tenaz fe y la tierna, filial e intensa unión con la Madre de Jesús, hacen de ambos dos guías ejemplares: el agua de nuestros miedos puede ser cambiada por coraje y empeño para que nosotros hagamos también nuestra parte, como el Padre Pío y Juan Pablo II.

En este mes particularmente dedicado a la Virgen, agreguémonos como hijos a su escuela.

Experimentaremos también nosotros la fuerza extraordinaria de aquella "M". ■